

Mariano Grondona

El desarrollo político

La asignatura pendiente de los argentinos

SUDAMERICANA

Librería García Cambeyro

MARIANO GRONDONA se recibió de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y es doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la misma universidad. Realizó estudios de posgrado en la Universidad de Madrid y en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Fue profesor adjunto y profesor titular de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la UBA, e investigador asociado del Centro de Asuntos Internacionales de la Universidad de Harvard. También fue profesor visitante en el Departamento de Gobierno de la Universidad de Harvard, donde dictó durante dos años el curso "Los valores y el desarrollo". Actualmente es "profesor catedrático" de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), conduce "Hora Clave" por Canal 26 y "Pensando con Mariano Grondona" por Radio 10. Lleva años como colaborador de *La Nación*, donde publica todos los domingos su columna política. Recibió el Premio Konex de Brillante para periodistas y es miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo. Participa de las reuniones de la Academia Pontificia de Ciencias Sociales en Roma. Ha publicado catorce libros y numerosos artículos en revistas nacionales y extranjeras sobre temas de su especialidad. Está casado con Elena Lynch. Tienen tres hijos, nueve nietos y una bisnieta.

PROLOGO

El mundo se divide en dos grandes categorías de naciones. Llamamos *desarrolladas* a aquellas naciones que ofrecen un alto nivel de vida a sus habitantes desde el punto de vista económico y que les aseguran estabilidad institucional, participación ciudadana y libertad de expresión desde el punto de vista político. Llamamos *subdesarrolladas* a aquellas naciones que aún no han alcanzado estas metas.

Entre las naciones desarrolladas se encuentran el Reino Unido, Alemania, Francia, los países nórdicos y casi todas las naciones de Europa Occidental, los Estados Unidos y Canadá en América del Norte, Japón, Corea del Sur y Taiwán en Asia y tanto Australia como Nueva Zelanda en Oceanía. Las naciones subdesarrolladas cubren a su vez gran parte de Asia, incluidas China y la India, toda África, y toda América Latina.

¿Por qué algunas naciones se han desarrollado y otras no? Esta pregunta es obsesiva en las naciones subdesarrolladas, pero ya no les quita el sueño a las naciones desarrolladas.

El desarrollo se dice de dos maneras. Es *desarrollo económico* en el caso de aquellas naciones que ofrecen a la mayoría de sus habitantes un alto nivel de vida. Es *desarrollo político*, o "democracia", en el caso de naciones que

aseguran a sus habitantes altos índices de estabilidad institucional, participación ciudadana y libertad de expresión. La forma concreta que adoptan las naciones políticamente desarrolladas es un régimen de partidos en el que dos o más fuerzas políticas se alternan en el poder, bloquean el reeleccionismo ilimitado y, si bien compiten entre ellas por el favor del electorado, también han logrado diseñar *políticas de Estado* de largo plazo cuya continuidad está asegurada sea cual fuere el partido en el poder.

Por largo tiempo se pensó que el desarrollo económico de las naciones todavía subdesarrolladas debería preceder a su desarrollo político, que la prosperidad económica tendría que anticiparse a la democracia. Esta presunción provenía del ejemplo de algunas naciones subdesarrolladas que, desde los años sesenta, impusieron la disciplina que requiere el desarrollo económico inicial, sin requerir el consenso de sus ciudadanos hasta que el mejoramiento decisivo de las condiciones económicas y sociales permitió sin riesgos la apertura política de la democracia. Tal fue el caso de las *naciones crucero*, que “cruzaron” de la orilla del subdesarrolló a la orilla del desarrollo, como Corea del Sur y Taiwán.

A la doctrina que antepone el lanzamiento del desarrollo económico a la adquisición de la democracia se la llamó *desarrollista*. El “desarrollismo” del presidente argentino Arturo Frondizi y del presidente brasileño Juscelino Kubitschek prevaleció en América Latina hacia fines de los años cincuenta. Ni la Argentina ni Brasil consiguieron repetir en aquellos años, sin embargo, los éxitos desarrollistas de Corea del Sur y Taiwán. China es aún desarrollista. La India, por el contrario, fue durante largo tiempo una democracia antes de perseguir, como lo ha venido haciendo en la última década, el desarrollo económico.

Al fracaso latinoamericano del desarrollismo en los años cincuenta y sesenta le sucedió el éxito que está obteniendo en nuestra región, a partir de los años ochenta, una fórmula inversa a los modelos coreano y taiwanés. Según esta nueva fórmula, primero no viene el desarrollo económico sino el *desarrollo político*. Ésta es la revolucionaria comprobación que estamos obteniendo hoy mismo en nuestra América en países como Chile, Uruguay, Brasil y Colombia. ¿Es que, entonces, la clave del desarrollo latinoamericano no residía en la prioridad de la prosperidad económica sino en la previa maduración de las instituciones democráticas? Si esto es así, nuestro desarrollismo economicista había puesto el carro delante del caballo.

En 1958, el general De Gaulle fundó las instituciones de la Quinta República que le ha dado a Francia, desde entonces, la estabilidad política que hasta ese momento se le había negado. Cuando anunció las nuevas bases políticas de la democracia francesa, un periodista con reminiscencias "desarrollistas" le preguntó a De Gaulle qué pasaría de ahí en más con la economía, a lo cual el presidente francés contestó "*¿L'économie? Ça va... Cuando se ha fundado un sistema político democrático sólido y estable la economía y las inversiones, simplement, 'van'...*".

¿No es esto lo que está ocurriendo ahora mismo en países vecinos como Chile, Uruguay y Brasil? ¿No es esto lo que podría ocurrirnos a los argentinos desde el momento en que adquiriéramos el desarrollo político que aún nos falta? El desarrollo político es, en este sentido, la *asignatura pendiente* de los argentinos. Los elementos decisivos de un régimen político democrático, venimos de decir, son la alternancia en el poder entre dos o más partidos políticos que, sin dejar de competir entre ellos por el favor de la ciudadanía, consiguen trazar políticas de Estado de

largo plazo que todos ellos respetarán cuando les toque el turno de gobernar. Éstos son los elementos que ya tienen Chile, Uruguay, Brasil y Colombia. Cuando los argentinos los obtengamos, recién entonces se abrirá ante nosotros la prometida avenida del desarrollo político y, junto a ella, la avenida “colectora” del desarrollo económico.

América Latina en general y la Argentina en particular han pasado así, a lo largo de las décadas, del desarrollismo economicista que prevaleció durante los años sesenta y setenta al desarrollismo “político” que prevalece hoy. Junto con otros latinoamericanos y argentinos, yo también atravesé las etapas de este aprendizaje. En 1988 y 1989, después de haber sido durante algunos años “investigador asociado” en la Universidad de Harvard, dicté por dos semestres, en el Departamento de Gobierno de esa Universidad, el curso *Values and Development (Los valores y el desarrollo)* que, si bien reflejaba la influencia original del “desarrollismo” económico, también incorporaba los aportes del llamado *culturalismo*, según el cual ni el desarrollo económico ni el desarrollo político serían posibles sin el viento de cola de una “cultura” que acogiera en su seno los *valores*, las creencias, las preferencias que conducen, tanto a los gobernantes como a los ciudadanos, a decisiones congruentes con el progreso político y económico.

Y fue así que en 1999 publiqué *Las condiciones culturales del desarrollo económico. Hacia una teoría del desarrollo*. En este primer libro sobre el desarrollo recogí las influencias preponderantes del desarrollismo y el culturalismo que me habían orientado hasta ese momento. En el libro que el lector tiene ahora en sus manos recojo además la influencia preponderante que me ha ido ganando en la década de los años 2000 y a través de la cual me ha sido posible advertir que la antesala del “desarrollo integral” al

que aspiramos los argentinos y los latinoamericanos, de un desarrollo que sea por consiguiente político, económico y cultural, es, por lo pronto, *política*. Será política o no será, porque la maduración de una democracia pluralista y estable está demostrando ser la vía, aunque sea una vía lenta y acumulativa, que terminará por darnos a los latinoamericanos un ambiente cultural favorable a las decisiones que conducen al desarrollo político y un clima de inversiones de largo plazo que viabilice, a su vez, el desarrollo económico.

Este libro contiene por ello no sólo una historia y una definición de la democracia sino también la enumeración de los valores que la impulsan. Es, por otra parte, el fruto de amistades y colaboraciones durante más de veinte años, que en el momento de presentar este libro me mueven a agradecer a todos quienes lo hicieron posible. Por eso el libro está dedicado a Larry Harrison, el primero que me hizo ver que "el subdesarrollo está en la mente". Con su ferviente apostolado, Larry atrajo a la ribera del "culturalismo" a intelectuales del porte de Francis Fukuyama, con su libro *Trust (Confianza)*, y de Sam Huntington, cuyo estudio magistral sobre *El choque de las civilizaciones* marcó su propia "conversión" al culturalismo. Por eso este libro está dedicado asimismo a la memoria de Sam, a quien tanto Larry como yo tuvimos de maestro en la Universidad de Harvard, un ámbito donde pude recibir además las lecciones de otro intelectual privilegiado, cuya memoria querría destacar en estos momentos; el filósofo Robert Nozick.

En el curso de todos estos años pude ir exponiendo y revisando mis ideas sobre el desarrollo en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires (UBA), la Universidad Católica Argentina (UCA) y la Universidad

Argentina de la Empresa (UADE), una institución de gran empuje en la que ahora me desempeño como catedrático. Pero son más todavía las instituciones en cuyo seno fui sometiendo a mis alumnos, cual si fueran 'sorprendidos "conejos de Indias", al ir y venir de las ideas que me iban surgiendo en torno del tema que también domina este libro: esa preocupación, esa obsesión por el desarrollo político, económico y cultural que los latinoamericanos todavía no hemos completado, aunque ya estemos cerca de él. Dentro de aquellos que rodearon con su afecto insustituible mi trabajo intelectual, querría incluir aquí al entorno familiar de Elena, nuestros hijos y nuestros nietos, sin olvidar por cierto a nuestra bisnieta Paulita, recién llegada al banquete de la vida.

Vayan, en fin, dos observaciones prácticas. Dado que mi labor principal en este terreno ha sido universitaria, el lector sabrá perdonarme algunas repeticiones de conceptos típicas de los cursos docentes porque, a la inversa de lo que ocurre en las exposiciones escritas, donde lo que se dice sólo hace falta decirlo de una sola vez, en las exposiciones orales el profesor suele insistir en sus dichos no sólo para grabarlos mejor en la audiencia sino también para aprender de las frescas reacciones de sus alumnos, ya que enseñar es aprender.

La otra observación es que, habiéndose desplegado mi trabajo sobre el desarrollo a partir del estimulante clima que me brindó la Universidad de Harvard en los años ochenta y noventa, en este segundo libro que dedico al tema se citan, al igual que en el primero, muchas fuentes en inglés. He indicado aquí, cada vez que me fue posible, los textos en castellano que traducen y enriquecen a esas fuentes.

Como otras veces en el pasado, Editorial Sudamericana

y su director Pablo Avelluto me brindaron generoso apoyo, salvándome de errores que me habrían pasado desapercibidos y dejando a mi cargo, inevitablemente, otros errores que por ahora no detecto aunque aún espero aprender de ellos porque, siendo el hombre un animal “errante”, sus errores le enseñan no bien los asume y los acepta.

MARIANO GRONDONA
Buenos Aires, marzo de 2011



Por largo tiempo se pensó que el desarrollo económico debía preceder al desarrollo político, que la prosperidad económica tenía que anticiparse a la democracia. Al fracaso de este modelo lo sucedió el éxito que está obteniendo en nuestra región, a partir de los años ochenta, una fórmula inversa, según la cual el desarrollo político es la condición necesaria del desarrollo económico. ¿No es esto lo que está ocurriendo ahora mismo en países vecinos como Chile, Uruguay y Brasil? ¿No es esto lo que podría ocurrirnos a los argentinos? El desarrollo político es nuestra gran asignatura pendiente, sostiene Mariano Grondona en este libro. La maduración de una democracia pluralista y estable es la única vía, aunque sea una vía lenta y acumulativa, que nos conducirá a la plenitud como nación que tanto anhelamos.



Impreso en la Argentina
www.megustaleer.com.ar

ISBN 978-950-07-3592-6



9 789500 735926